

remato; en la tercera:—*Cuando esta sierpe muerde no le queda nada que hacer al médico:*—y otras galanterías por el estilo. Los cuchillos de que hablo se llaman navajas, y la navaja es el arma de duelo del pueblo. Ahora va cayendo un poco en desuso; pero antiguamente gozaba de gran voga: habia maestros de navaja, cada uno de los cuales tenia su golpe secreto, y duelos en que se guardaban todas las reglas de la caballería. Compré la navaja más disparatada de la tienda y recobramos nuestro camino.

Después del Alcázar, el más hermoso monumento de arquitectura árabe que existe en Sevilla es sin duda la *Casa de Pilatos*, propiedad de la familia de Medinaceli. El nombre de *Casa de Pilatos* le viene de que su fundador Enriquez de Ribera, primer marqués de Tarifa, la mandó construir, según se cuenta, á imitación de la casa del pretor romano que habia él visto en Jerusalem, adonde fué como peregrino. El aspecto exterior del edificio es modesto; el interior maravilloso. Primero se entra en un patio, no ménos lindo que el patio encantador del Alcázar, cerrado por doble orden de arcos sostenidos en graciosas columnas de mármol, que forman dos ligerísimas galerías, una sobrepuesta á otra, y ambas tan delicadas que teme uno vayan á derribarse al primer soplo de viento. En medio hay una fuente soportada por cuatro delfines y coronada con una cabeza de Jano. Las paredes están adornadas en lo bajo de mosaicos; más arriba cubiertas de toda especie de caprichosos arabescos; aquí y allí abiertas en

bellos nichos que contienen bustos de emperadores romanos. Sobre los cuatro ángulos del patio se alzan otras tantas estatuas colosales. Las habitaciones son dignas del patio: paredes, puertas y suelos están esculpidos, adornados é historiados con gran delicadeza de miniatura. En una antigua capilla de estilo semi-gótico, semi-árabe, de forma elegantísima, se conserva una columna tambien pequeña (poco más de tres piés de alta), regalada por Pio V á un descendiente del fundador del palacio, entónces virey de Nápoles: la tradicion refiere que á esta columna estuvo sujeto Jesucristo para ser disciplinado; lo que probaria, si fuese cierto, que Pio V no tenía siquiera un pelo de creyente; pues de otro modo no habria cometido, así á la ligera, el despropósito incalificable de privarse de ella para regalársela al primer recien llegado. Todo el palacio está lleno de memorias santas. El portero enseña en el piso principal una ventana que corresponde á la ventana cerca de la cual estaba San Pedrò cuando negó á Jesus, y el ventanillo por donde lo reconoció la criada. Desde la calle se ve otra ventana con un miradorcillo de piedra, que ocupa precisamente el sitio de aquella en que Jesus fué mostrado al público con la corona de espinas. El jardin está lleno de fragmentos antiguos llevados de Italia por el mismo D. Pedro Afan de Ribera, virey de Nápoles. Entre otras fábulas que se cuentan á propósito de aquel misterioso jardin, dícese que D. Pedro Afan de Ribera habia puesto en él la urna, tambien llevada de Italia, que contenia las cenizas del em-

perador Trajano; y que habiéndola derribado de un codazo no se sabe qué curioso, se esparcieron entre la yerba las cenizas, y nadie habia conseguido recogerlas. Así el augusto monarca nacido en Itálica tornaba por caso extrañísimo cerca de su ciudad natal, no en muy buena guisa para poder ir á meditar sobre sus ruinas, pero cerca de todos modos.

Despues de lo que he apuntado, se puede decir no haber visto, sino haber comenzado á ver Sevilla. Yo me detengo sin embargo aquí, porque todo ha de tener un fin. Dejo los paseos, las plazas, las puertas, las bibliotecas, los palacios públicos, las casas de los grandes, los jardines, las iglesias: me limitaré á decir que al cabo de dar vueltas durante varios dias desde la salida hasta la puesta del sol, tuve que partir de Sevilla con el peso de muchos remordimientos de conciencia. No sabia ya donde meter la cabeza. Habia llegado á tal extremo de cansancio, que el anuncio de una nueva cosa que ver me causaba más espanto que satisfaccion. El bueno del Sr. Segovia me inspiraba valor, me confortaba, me abreviaba el camino con su agradabilísima compañía; pero tanto monta; porque de lo que ví los últimos dias sólo conservo una memoria muy confusa.

Aunque Sevilla no merezca ya el título glorioso de Atenas española como en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, cuando madre y huésped de una lucida y selecta legion de poetas y de pintores era la sede de la civilizacion y de las artes del vasto

imperio de sus monarcas, sigue siendo entre todas las ciudades de España, si se exceptúa Madrid, aquella en que la vida artística se mantiene más exuberante, por la copia de los ingenios, por las obras de los mecenas, y por la naturaleza del pueblo, amanterísimo de las bellas artes. Hay una floreciente Academia literaria, una sociedad protectora de las artes, Universidad de bastante fama, y una familia de literatos y escultores que gozan de honrosa reputación en España. Pero la primera gloria literaria de Sevilla es una mujer: Cecilia Bohl, autora de las novelas que llevan el nombre de *Fernan Caballero*, muy difundidas en España, traducidas á casi todas las lenguas de Europa, y conocidas también en Italia (donde algunas se han publicado no ha mucho) por todo el que se ocupe algo de literatura extranjera. Son cuadros admirables de costumbres andaluzas, llenos de verdad, de ternura, de gracia, y sobre todo de una fé tan vigorosa, de un entusiasmo religioso tan intrépido, de una caridad cristiana tan ardiente, que el hombre más escéptico del mundo se siente turbado ante ellos.

Cecilia Bohl es una mujer que afrontaría el martirio con la firmeza y la serenidad de San Ignacio. La conciencia de su fuerza se revela en cada una de sus páginas; no se limita á defender la religion y á predicarla; acomete, amenaza, hiere á sus enemigos; y no solamente á los enemigos de la religion, sino á todo hombre y toda cosa que acojan, para usar de una frase ya hecha, el espíritu del siglo; no perdona nada de cuanto se ha hecho en el mundo desde los

tiempos de la Inquisicion en adelante, y es más inexorable que el *Syllabus*. Acaso es este su mayor defecto de escritora, porque sus preocupaciones religiosas y sus invectivas se hacen sentir demasiado, y cuando no desagradan, perjudican y estorban más que otra cosa á sus propias miras. Pero no tiene una gota de hiel en el alma, y tal como es en los libros, tal es en la vida: gentil, buena, caritativa. En Sevilla la veneran como á una santa. Nació allí, se casó de muy jóven, y ahora es viuda por tercera vez. Habiéndose suicidado su último marido, que fué representante de España en Lóndres, no ha depuesto desde entonces el luto. Tiene poco ménos de setenta años, ha sido hermosísima, y su aspecto noble y sereno conserva las trazas de la belleza. Su padre, hombre de agudo ingenio y de vasta cultura, le hizo aprender en muy tierna edad diversas lenguas: conoce profundamente el latin, y habla con facilidad admirable el italiano, el aleman y el francés. Aunque periódicos y editores de Europa y América la estimulan con larguísimas ofertas á escribir, no escribe ya. Mas no por esto permanece inactiva. Lee desde la mañana á la noche toda especie de libros, y alterna la lectura con la media ó el bordado, porque ha resuelto firmemente que sus estudios de literatura no roben un momento á sus quehaceres de mujer. No tiene hijos, vive solitaria en una casa de la cual ha cedido el mejor piso á una familia pobre, y gasta buena parte de su hacienda en limosnas.

Un rasgo curioso de su carácter es el afecto vivísimo que profesa á los animales: tiene la casa llena

de pájaros, gatos y perros; y su sensibilidad en este concepto es tan delicada, que no ha querido nunca poner el pié en un carruaje para no ver castigar á un caballo por su causa. Todos los dolores la afligen como los dolores propios: la vista de un ciego, de un enfermo, de una desventura cualquiera, la turba para todo un dia; no puede entregarse al sueño si no ha enjugado ántes una lágrima: daría gustosa toda su gloria por evitar un disgusto á cualquier desconocido. Antes de la revolucion vivía ménos solitaria: la familia de Montpensier la recibía con grande honor; se la disputaban las más ilustres de Sevilla. Ahora vive entregada á sus libros y al afecto de pocas amigas.

En tiempo de los árabes tenía Córdoba el primado de las letras y Sevilla el de la música. Averroes decía:— Cuando en Sevilla muere un sabio, el que quiere vender sus libros los manda á Córdoba; pero si en Córdoba muere un músico, van á vender sus instrumentos á Sevilla.—Ahora Córdoba ha perdido tambien el primado literario, y Sevilla los tiene entrambos. Pasaron ya los tiempos en que un poeta, cantando las bellezas de una doncella, llevaba en torno de sí la hermosa multitud de enamorados de todas las partes del mundo; en que un príncipe envidiaba á otro príncipe, sólo porque se habia hecho en elogio de éste un verso mejor que cuantos habia inspirado él; en que un Califa premiaba al autor de un himno regalándole cien camellos, esclavos y vasos de oro; en que una estrofa improvisada á tiempo rompía las cadenas de un esclavo ó salvabâ la vida de un con-

denado á muerte; en que los músicos paseaban por las calles de Sevilla con un cortejo de príncipes; en que el favor de los poetas era buscado como el de los reyes y la lira temida como la espada. Pero el pueblo sevillano sigue siendo el pueblo más poético de España: la frase aguda, la palabra amorosa, la expresion de la alegría y del entusiasmo, salen de sus labios con una espontaneidad y una gracia que seducen. El sevillano improvisa versos, habla como si cantara, gesticula como si declamase, ríe y diablea como un muchacho. En Sevilla no se envejece. Es una ciudad donde se desvanece la vida en continúa sonrisa, sin otro pensamiento que gozar del cielo, de las lindas casas y de los jardines voluptuosos. Es la ciudad más tranquila de España; la única quizá que despues de la revolucion no se ha visto agitada por ninguna de aquellas tristes revueltas que conmovieron á las otras. La política no pasa de la epidermis: se hace el amor, y lo demás se recibe con risas. «Todo lo echan á broma,» dicen de los sevillanos el resto de los españoles: y verdaderamente, con aquel aire perfumado, con aquellas calles de ciudad oriental, con aquellas mujercitas llenas de fuego, buenos tontos serian si hicieran otra cosa. En Madrid se habla mal de ellos; se dice que son fátuos, falsos, mudables, casquivanos. Celos! Les envidian su índole feliz, la simpatía que inspiran á los viajeros, sus muchachas, sus poetas, sus pintores, sus oradores, su Giralda, su Alcázar, su Guadalquivir, su vida, su historia.

Así dicen los sevillanos, dándose con una mano

en el pecho y despidiendo el humo de su inseparable cigarrillo; mientras las mujeres se vengan de las madrileñas y de todas las del mundo hablando con maligna compasion de sus largos piés, de las cinturas anchas y los ojos apagados, que en Andalucía no alcanzarían el honor de una mirada ni el homenaje de un suspiro. Hermoso y amable pueblo en verdad, al cual, ¡ay! (preciso es ver tambien el reverso de la medalla) sobra la supersticion y faltan las escuelas, como por casi toda la España meridional, en parte no por su culpa, pero en parte sí; y esta es acaso la mayor.

El dia fijado para la partida llegó cuando ménos lo esperaba. Es extraño: no recuerdo casi nada de los particulares de mi vida en Sevilla; apenas puedo decirme á mí mismo dónde comí, de qué hablé con el cónsul, cómo pasé las tardes, por qué resolví marcharme aquel dia; si vale la palabra, vivía fuera de mí; estuve algo atontado todo el tiempo que pasé en Sevilla.

Como no fuese en el Museo y en el patio, mi amigo Segovia debió pensar que yo sabia poca cosa. Ahora me acuerdo de aquellos dias como de un sueño. Ninguna ciudad me ha dejado recuerdos tan confusos como Sevilla. Hoy mismo, mientras tengo seguridad de haber estado en Zaragoza, en Madrid, en Toledo, me asaltan dudas cuando pienso en Sevilla. La miro como una ciudad que estuviere mucho más allá de los últimos confines de España; como si para volver de ella hubiera que viajar meses y me-

ses, atravesando tierras desconocidas y grandes mares y pueblos en todo diversos de nosotros. Pienso en las calles de Sevilla, en ciertas plazoletas, en ciertas casas, como pensaria en las manchas de la luna. La imágen de aquella ciudad pasa á veces por delante de mis ojos como una forma blanca, y desaparece sin que pueda casi aferrarla con la mente: la veo cuando huelo una naranja con los ojos cerrados; la veo cuando aspiro el aire en ciertas horas del dia á la puerta de un jardin; cuando tarareo una cancioncilla que oí cantar á un muchacho por las escaleras de la Giralda. No sé explicarme este secreto: pienso en ella como en un país que tuviese todavía que ver, y gozo con mirar estampas y hojear libros comprados allí. Porque son cosas que á mí mismo me dan fé de que la he visto. Un mes hace recibí carta de Segovia que me decia:—Vuelva V. entre nosotros,—y tuve un placer loco, y al mismo tiempo rei como si me hubieran dicho:—Haga V. un viaje á Pekín.—Pero justamente por esto me es más grata Sevilla que todas las restantes ciudades de España: la amo como á una hermosa mujer desconocida que atravesando un bosque misterioso me hubiese arrojado una mirada y una flor. ¡Cuántas veces, cuando un amigo me pregunta en qué pienso, tengo para volverme á él que salir del aposento de María Padilla, ó de una lancha que se desliza á la sombra de los plátanos del paseo de Cristina, ó de la tienda de Figaró, ó del vestíbulo de un patio lleno de flores, de fuentes y de luz!

Me embarqué en un buque de la compañía Segovia, cerca de la Torre del Oro, á una hora en que Sevilla dormia toda profundo sueño y el sol ardentísimo la cubria con un mar de luz. Me acuerdo que pocos momentos ántes de la partida vino á bordo un jovenzuelo en busca mia, y me entregó una carta de Gonzalo Segovia, la cual contenia un soneto que conservo como uno de mis más preciosos recuerdos de Sevilla. Iba en el buque una compañía de cantantes españoles, una familia inglesa, operarios y niños. El capitan, como buen andaluz, tenia palabras corteses para todos. Trabé en seguida conversacion con él. Mi amigo Gonzalo es hijo del propietario del buque: hablamos de la familia Segovia, de Sevilla, del mar, de mil cosas alegres. Ah! el pobre hombre estaba bien lejos de pensar que pocos dias despues aquel desgraciado barco se desharia en medio del mar, y él encontraria un horrible fin. Era el *Guadaira*, cuya caldera reventó á poca distancia de Marsella el 16 de Junio de 1872.

A las tres partimos para Cádiz.

X.

CÁDIZ.

El Guadalquivir.—Mis compañeros de viaje.—¿Seré yo tenor?—Una compañía de zarzuela.—El vino de Jerez.—Después de la comida.—La primera dama.—La vista del Océano.—Impresiones de Cádiz.—La ciudad de otro tiempo y la de hoy.—Monumentos y edificios públicos.—Las gaditanas.

Fué aquella la noche más deliciosa de mi viaje.

Poco después que echó á andar el buque, comenzó á moverse una de esas brisas suaves que juegan como la mano de un niño con los lazos de las corbatas y los cabellos de las sienas: de proa á popa se levantó un vocerío de mujeres y chiquillos semejante al que promueve entre una sociedad de amigos el primer latigazo que anuncia la partida para una gira campestre. Todos los pasajeros se reunieron á popa bajo una tienda coloreada como un pabellón chino, y quién se sentó sobre las cuerdas, quién se tendió en los bancos, quién se apoyó en las bordas: la mayor parte vueltos hácia la Torre del Oro, para gozar del aspecto famoso y encantador de Sevilla cuando se aleja y desaparece. Alguna jóven tenía el rostro bañado aún por las lágrimas de la despedida, algún niño estaba todavía algo atontado con el es-

trépito de la máquina, y algun señor no habia terminado de regañar con los mozos que le traian estropeados los baules; pero de allí á pocos minutos se tranquilizaron todos, comenzaron á mondar naranjas, á encender cigarros, á pasarse de mano en mano frascos de licor, á trabar conversacion con los desconocidos, á cantar, á reir; en un cuarto de hora nos hicimos todos amigos. El buque se mecia con la suavidad de una góndola sobre las aguas sosegadas y límpidas, donde se reflejaban lo mismo que en un espejo los vestidos blancos de las señoras, y el aire traía el gratisimo aroma de los naranjos desde los bosques de las riberas pobladas de quintas. Se habia ocultado Sevilla detras de un cerco de jardines, y no veíamos más que un monton inmenso de árboles verdísimos, y por cima la mole negra de la catedral y la Giralda color de rosa, coronada con su estátua resplandeciente como una lengua de fuego. A medida que nos alejábamos, la Catedral aparecia más grande y majestuosa como si se viniese detras del buque ganándonos terreno: ya semejaba que sin dejar de seguirnos se alejase de la orilla, ya que estuviese sobre el rio; en un momento podia creerse que tornaba á su puesto, y en seguida se presentaba tan cerca que no parecia sino que nuestro barco anduviera camino de Sevilla. Como el Guadalquivir gira en estrechas curvas, segun que íbamos por éste ó aquel lado, se mostraba ó se ocultaba la ciudad. Desapareció al cabo y no la vimos más. Entónces se volvieron todos á contemplar las orillas. Parecia navegar en el lago de un jardin. Aquí una colina

cubierta de cipreses, allí un otero cuajado de flores, más allá un pueblo tendido á lo largo del rio; bajo los emparrados de los jardines y sobre las azoteas de las quintas, señoras que nos miraban con gemelos; en el campo familias de labriegos vestidos con vivos colores; en el rio lanchas de vela y chiquillos que se bañaban jugueteando, y que agitaban las manos dirigiéndose á las viajeras para obligarlas á cubrirse el rostro con el abanico. A poca distancia de Sevilla encontramos tres barcos de vapor muy próximos uno de otro. El primero se nos vino encima tan de improviso en una revuelta del Guadalquivir, que yo, que no andaba muy experto en aquella manera de navegar, temí por un instante que fuese imposible evitar el encuentro. Los dos buques pasaron casi tocándose, y los viajeros de uno y otro se saludaron alegremente y se tiraron naranjas y cigarros.

Mis compañeros de viaje eran casi todos andaluces, lo que quiere decir que al cabo de una hora de conversacion los conocia desde el primero hasta el último, ni más ni ménos que si fuésemos amigos desde la infancia. Cada uno de ellos contaba en seguida al que queria y al que no queria saberlo, quién era, cuántos años tenia, en qué se ocupaba, adonde iba; alguno dijo hasta el número de las novias que habia tenido y el número de las pesetas que llevaba en el bolsillo. A mí me tocó caer en manos de un cantante, lo cual no es raro, si se considera que en España el pueblo cree que las tres cuartas partes de los italianos ganan la vida cantando, bailando ó representando. Un señor que me vió con un libro ita-

liano abierto, se acercó á preguntarme de buenas á primeras:

—Dónde ha dejado V. la compañía?

—Qué compañía?

—Cómo! No cantaba V. con la Fricci en el teatro de la Zarzuela?

—No señor. Lo siento; pero la verdad es que no he puesto nunca los piés en las tablas.

—Pues, hijo, hay que convenir en que el segundo tenor y V. se parecen como dos gotas de agua.

—Habrá que convenir.

—Me dispensará V., verdad?

—Por dispensado.

—Pero, es V. italiano?

—Italiano.

—Y canta V.?

—Me desagrada mucho, no canto.

—Es raro! A juzgar por la estructura del cuello y del pecho habria jurado que debia V. tener una magnífica voz de tenor.

Me toqué primero el pecho, luego el cuello, y en seguida respondí:

—Tal vez la tenga, probaré; nunca se sabe bien lo que uno es. Dos de las condiciones necesarias no me hacen ya falta: soy italiano y tengo cuello de tenor: la voz vendrá infaliblemente.

Estábamos en esto cuando la primera actriz, que habia oido nuestro diálogo, entró en la conversacion y tras ella toda la compañía.

—El señor es italiano?

—Para servir á V.

—Lo pregunto porque cabalmente tengo que pedirle á V. un favor: que me diga lo que significan aquellos versos de *Il Trovatore*:

«Non può nemmeno un Dio
Donna rapirti a me.»

—Es V. casada?

Todos se echaron á reir.

—Sí,—respondió la primera dama.—Pero por qué me pregunta V. eso?

—Porque... *non può nemmeno un Dio rapirla a me*, es lo que su marido, si tiene ojos en la cara, debería decir de V. todas las mañanas al levantarse y todas las noches cuando se acuesta. *Ni Dios mismo podría arrancármela*.

Los otros rieron nuevamente; pero á la primera dama le pareció tan extravagante esta arrogancia de su marido, de creerse seguro hasta de los Dioses, cuando quizá sabia ella que no lo estaba ni de los hombres, que gracias si contestó á mi cumplimento con una sonrisa para dar á entender que lo habia comprendido. Me pidió luego una explicacion de otro verso, y detrás de ella el barítono, y detrás del barítono el tenor, y detrás del tenor la segunda dama, y así sucesivamente; de modo que durante largo tiempo no hice más que traducir malos versos italianos en pésima prosa española, con gran satisfaccion de aquella buena gente, que por primera vez podría hacerse cargo de lo que habia cantado tantas con aire de entender muchísimo. Así que cada uno supo lo que deseaba, se interrumpió la conversacion. Me

quedé al principio con el barítono, y me tarareó un ária de zarzuela; en seguida me aproximé á un corista, y el corista me dijo que el tenor tenia relaciones con la primera dama; luego estuve hablando con el tenor, y éste me descubrió los enredos de la mujer del barítono; hablé con la primera dama, y oí pestes de toda la compañía. Eran ó parecían, no obstante eso, los mejores amigos del mundo: cuando se encontraban yendo y viniendo por la cubierta se tiraban pellizcos, cambiaban miradas y sonrisas de inteligencia secreta. El uno se entretenia en solfear, el otro tarareaba un poco más allá, éste ensayaba un *do* de pecho que concluía por un gallo, todos hablaban á un tiempo de mil tonterías. Sonó finalmente la campana, y nos echamos á la mesa con el ímpetu de convidados á la inauguracion de un monumento. En esta comida, y entre los gritos y los cantos de aquella gente, bebí por primera vez un vaso verdadero de aquel *formidable* vino de Jerez del cual se cantan maravillas por los cuatro ángulos de la tierra. Apenas lo habia atravesado cuando me pareció sentir que corría una centella por mis venas, y que la cabeza se me inflamaba como si la tuviera llena de azufre. Bebieron todos los demás, y de todos se apoderó una alegría desenfrenada y una parlanchinería irresistible: la primera dama comenzó á hablar en italiano, el tenor en francés, el barítono en portugués, los otros en dialecto y yo en todas las lenguas: de aquí brindis, canciones, vivas, ojeadas, apretones de manos sobre la mesa, juego de piés por debajo, declaraciones de simpatía que se cruzaban en to-

dos sentidos, como las impertinencias en un Parlamento cuando se enredan la oposicion y la mayoría. Acabada la comida subimos todos á cubierta, rojos, satisfechos, jadeando, y envueltos en una nube de humo de cigarros. Allí, al resplandor de la luna que plateaba el ancho rio y cubria con su luz limpidísima los bosques y las colinas, comenzaron de nuevo más animadas que antes las conversaciones, y despues de las conversaciones los cantos, no ya de arietas de zarzuela, sino de grandes óperas, con duos, tercetos, coros, acompañamiento de gestos y pasos de escenario: entre canto y canto, versos de comedias, cuentos, anécdotas, carcajadas y aplausos estrepitosos; hasta que ya sin aliento ni fuerzas, enmudecieron todos y fuéronse á dormir la mayor parte. La primera dama se sentó en un rincon á mirar la luna. El tenor roncaba. Me aproveché de la buena ocasion para oir en voz baja una arieta de *El Sargento Federico*. La cortés andaluza no se hizo rogar; pero de pronto suspendió el canto y dobló la cabeza. La miré: estaba llorando. Preguntéle qué tenia, y me contestó melancólicamente que pensaba en un perjurio. Despues prorumpió en una carcajada y se puso otra vez á cantar. Tenia una voz armoniosa, y cantaba con amoroso sentimiento de tristeza. El cielo estaba sembrado de estrellas; nuestro buque se deslizaba suavemente por el rio; acordábame de Sevilla, del Africa cercana, de una persona querida que me aguardaba en Italia, y

«Lingua mortal non dice
Quel ch'io sentiva in seno....»

Al romper el día nos aproximábamos ya al Océano: el río, por allí inmenso, apenas dejaba ver en lontananza su orilla derecha, como una lengua de tierra más allá de la cual brillaban las aguas del mar. Algunos instantes despues apareció el sol en el horizonte y salimos del Guadalquivir. Tal era el espectáculo que se mostró entónces á nuestros ojos, que si pudieran confundirse en un solo arte representativo la poesía, la pintura y la música, creo que Dante con sus más grandes imágenes, el Tiziano con sus más brillantes colores y Rossini con sus más poderosas armonías, no hubieran conseguido los tres juntos significar su magnificencia y su encanto.

El cielo era una maravilla del color del zafiro, sin la mancha de una nube; el mar tan hermoso que parecia un inmenso tapete de raso luciente, y formaba espejos y franjas luminosas, despidiendo á lo lejos centelleos de luz plateada, y mostrando aquí y allá altas y blanquísimas velas semejantes á alas de gigantescos ángeles caidos. No he visto nunca tanta viveza de colores, tanta riqueza de luz, tanta frescura, tanta transparencia, tanta limpidez de aguas y de cielo. Parecia una de aquellas auroras de la creacion que la fantasía de los poetas nos pinta puras y fulgurantes; no era ya el desvelarse de la naturaleza y el despertar de la vida; era más bien una fiesta, un triunfo, un rejuvenecimiento de lo creado, que sintiese henchido el aire por un segundo soplo de Dios.

Bajé al camarote para tomar un anteojo, y cuando regresé á la cubierta ví la ciudad de Cádiz.

La primera impresion que sentí á su vista fué dudar de si era ó no era una ciudad; luego me eché á reir, y por último me volví hácia mis compañeros de viaje con el aire de quien pide que le aseguren de no estar equivocado. Cádiz parece una isla de yeso. Es una gran mancha blanca en medio del mar, sin una tinta oscura, sin un punto negro, sin una sombra; una mancha blanca tersa y purisima como una montaña cubierta de nieve intacta. La une al continente larga y sutilísima cinta de tierra, y en lo restante está bañada por el mar, como un buque á punto de darse á la vela retenido aún por sus cadenas. Poco á poco distinguimos los contornos de los campanarios, los perfiles de las casas, las embocaduras de las calles, y todo parecia más blanco á medida que nos acercábamos. Llegados al puerto, donde habia pocos buques, y á gran distancia unos de otros, salté en una lancha sin coger siquiera la maleta, puesto que habia de partir aquella misma noche para Málaga.

Cádiz es la ciudad más blanca del mundo; y no basta objetarme que no he visto todas las ciudades, porque tengo en mi favor la buena razon de que una ciudad más blanca que otra que es superlativa y completamente blanca, no puede existir en ninguna parte. Córdoba y Sevilla no tienen nada que ver con Cádiz: aquellas son blancas como el papel; Cádiz es blanca como la leche. Para dar idea de ella, nada mejor que escribir mil veces seguidas la palabra *blanca* con un lápiz blanco sobre papel azul, y poner

al márgen:—Impresiones de Cádiz.—Cádiz es uno de los más extravagantes y graciosos caprichos humanos. No son blancos solamente los muros exteriores de las casas; son blancos los patios, las escaleras, las paredes de las tiendas, las tapias, los pilares, los ángulos más escondidos y más oscuros de las casas más pobres, de las calles más apartadas; blanco de techos abajo, por donde quiera que puede entrar la punta de una brocha, hasta las hendiduras, hasta los desconchones, hasta los nidos de los pájaros. En cada casa hay un depósito de cal y yeso, y cada vez que el ojo escrutador de los inquilinos descubre una manchita, se agarra la brocha y se tapa. A los criados no se les recibe en las casas si no saben blanquear. Un garabato de carbon sobre una pared es un escándalo, un atentado contra la quietud pública, un acto de vandalismo. Podeis dar vueltas por la ciudad, mirar detrás de las puertas, meter las narices en todos sus escondrijos, que no vereis más que blanco y siempre blanco y eternamente blanco.

Con todo esto, Cádiz no se asemeja ni áun de lejos á las otras ciudades andaluzas. Sus calles son largas y derechas; las casas altas y sin los patios de Córdoba y Sevilla. Pero estas particularidades no hacen menos nuevo y agradable su aspecto á los ojos de un extranjero. Las calles son rectas, si bien angostas; y como tambien son prolongadísimas, y muchas atraviesan toda la ciudad, se ve en el fondo de ellas, como por la rejilla de una puerta, una endeble lista de cielo que casi hace creer que la ciu-

dad está construida en la cresta de una montaña cortada á pico por todas partes. Además las casas tienen gran número de balcones, y cada balcon está provisto, lo mismo que en Búrgos, de una vidriera saliente que se apoya sobre la del balcon de abajo y soporta la del balcon de encima; de modo que en muchas calles están los edificios cubiertos de vidrio, y parece atravesar el corredor de un inmenso museo. Aquí y allá, entre casa y casa, sobresalen las ramas elegantes de una palma; en todas las plazuelas hay verdes jardinillos; en todas las ventanas macetas de yerbas y de flores.

En realidad estaba yo bien lejos de imaginar que fuese tan alegre y sonriente esta terrible y desventurada Cádiz, presa de los ingleses en el siglo XVI, bombardeada á fines del XVIII, devastada por la peste, huésped luego de la flota de Trafalgar, asiento de la junta revolucionaria durante la guerra de la Independencia, teatro de estragos horribles en la revolucion de 1820, blanco de las bombas francesas el año 23, cuna de la revolucion que derribó del trono á los Borbones, siempre inquieta y turbulenta, y la primera entre todas á dar el grito de batalla. No quedan de tantas vicisitudes y tantas luchas más que balas de cañon clavadas en las paredes, porque sobre las huellas restantes de la destruccion ha pasado la inexorable escobilla que cubre de blanco toda vergüenza. Y así como de las guerras novisimas, tampoco hay trazas ni de los fenicios que la fundaron, ni de los cartagineses y los romanos que la engrandecieron; á menos que se quiera tener por tales

la tradicion que nos dice: aquí se alzaba un templo consagrado á Hércules; allí otro consagrado á Saturno. Pero el tiempo ha hecho algo peor que quitar á Cádiz los monumentos antiguos: le ha quitado el comercio y las riquezas, desde que España perdió sus posesiones de América: ahora yace inerte sobre su escollo solitario, aguardando en vano las mil naves que un dia vinieron llenas de galas y banderas á entregarle los tributos del nuevo mundo.

Tenia una carta de recomendacion para nuestro cónsul; fui á llevársela, me recibió cortésmente, y me condujo á lo alto de una torre desde donde pude abrazar con la vista toda la ciudad. Fué para mí motivo de nuevo y mayor asombro. Cádiz, mirada así, es toda blanca y purísimamente blanca como mirada desde el mar. No hay en toda la ciudad un techo: cada casa tiene su azotea, y sobre cada azotea se eleva una torrecilla rematada por otro mirador, ó por una pequeña cúpula, ó por una especie de garita de centinela. Todas estas cúpulas, estas puntas, estas azoteas, que dan á la ciudad un contorno variadísimo y bizarro, resaltan y aparecen más blancas sobre el azul vivo del mar. Los ojos recorren el istmo que une Cádiz al continente; abrazan larguísimo espacio de la costa lejana, sobre la cual blanquean las ciudades de Puerto Real y Puerto de Santa María, aldeas, iglesias y quintas, y vagan luego en la bahía, y sobre el Océano, y por el bellissimo cielo que rivaliza con el mar en claridad y en luz.

No podia cansarme de mirar aquella extraña ciudad. Entornando los ojos la veía como cubierta

de un inmenso lienzo. Todas las casas parecen construidas para hacer de ellas un observatorio astronómico. En caso de que el mar inundase la ciudad como en los tiempos antiguos, la población podría recogerse en las azoteas y estar allí á su gusto, salvo el miedo consiguiente. Me dijeron que hace pocos años, con ocasion de no sé qué eclipse, se dió en pleno dia este espectáculo. Los setenta mil habitantes de Cádiz subieron todos á sus terrados para observar el fenómeno. La ciudad, blanca como era, se tornó de mil colores; las azoteas estaban llenas de cabezas; con una sola ojeada se distinguía barrio por barrio toda la población; un murmullo sordo y difuso se elevaba al cielo como el mugido del mar, y un movimiento inmenso de brazos, de abanicos, y de anteojos vueltos en alto, hacia creer que se aguardase el descenso de algun ángel desde las esferas del sol.

Visité la Catedral, vasto edificio de mármol, del siglo XVI, no comparable ciertamente á las catedrales de Búrgos y de Toledo; pero tambien de una arquitectura noble y atrevida, y rica, como todas las grandes iglesias españolas, con mil géneros de tesoros. Fuí á ver el convento donde Murillo, pintando un cuadro sobre el altar mayor, cayó del andamio y recibió la herida que fué causa de su muerte. Hice luego una visita al Museo de pintura, que contiene algunos hermosos cuadros de Zurbarán. Estuve tambien en la Plaza de toros, que es toda de madera, y se construyó en pocos dias para ofrecer un es-